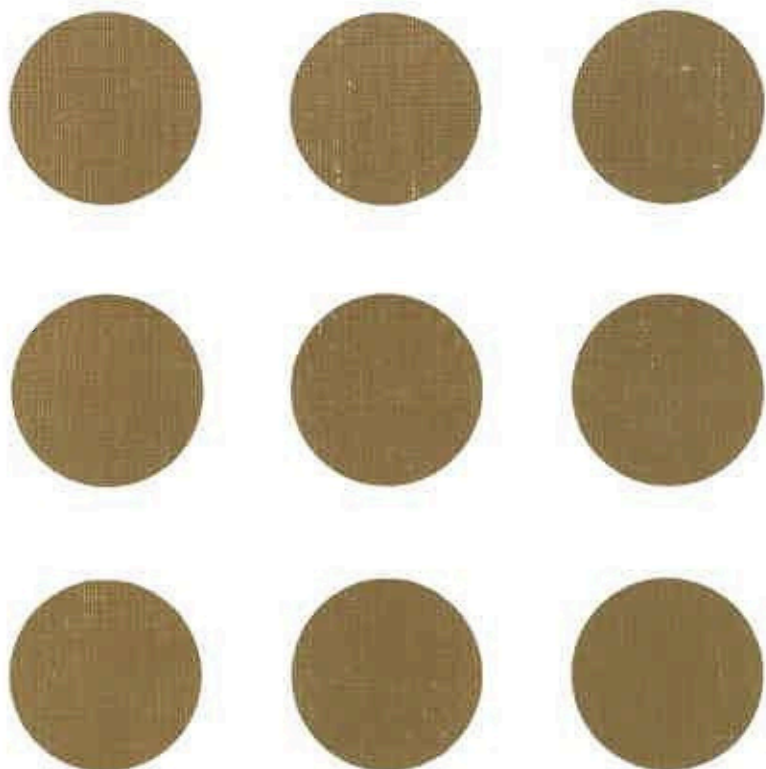


A N T O N I O P O R C H I A

V O C E S



EDICIÓN Y SELECCIÓN DE FRANCISCO JOSÉ CRUZ PÉREZ
TEXTO PRELIMINAR DE ROBERTO JUARROZ

PALIMPSESTO

Antonio Porchia nació en Calabria (Italia), en 1886, pero residió en la Argentina desde la adolescencia hasta su muerte, en 1968. Su obra **VOCES** fue editada varias veces (1943, 1948, 1956, 1964, 1965 y así en sucesivas reimpresiones).

En 1949 Roger Caillois tradujo su obra al francés. Años después, en 1979, la conocida editorial francesa Fayard publicó sus **Voces** completas. En Bélgica, en 1962, Fernand Vehersen incluyó a Porchia en una selección de autores argentinos que tradujo al francés con el título de **Poésie vivante en Argentine**. Asimismo, en Estados Unidos, E. S. Merwin tradujo y publicó en 1969 una selección de poemas titulada **Voces**.

Con este suplemento, por primera vez en España, damos a conocer una amplia selección de las **Voces** de Antonio Porchia, selección que llevo a cabo partiendo de las **Voces** completas publicadas por Edicial-Hachette de Buenos Aires, en su colección Narciso.

Del texto titulado «Antonio Porchia o la profundidad recuperada» del poeta Roberto Juarroz, elijo los fragmentos que más directamente se refieren a la vida de Antonio Porchia, ya que éstos nos ayudan a asomarnos a las **Voces**.

La parte final de este suplemento es un adelanto del libro **Voces abandonadas**, que la editorial valenciana PRE-TEXTOS publicará en Septiembre de este mismo año, recogiendo todas aquellas voces no editadas aún. Gracias a la generosidad de Manuel Borrás, director de PRE-TEXTOS, publicamos aquí diez voces inéditas hasta hoy.

**Suplementos
de
PALIMPSESTO
Revista de Creación**

Dirección: Francisco José Cruz Pérez y Agustín María García López. **Diseño:** Agustín María García López. **Edita:** Área de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Carmona. **Redacción:** Julio César, 5. 41410 - CARMONA (Sevilla). Teléfono (95) 414 12 96. **Administración:** El Salvador, 2. 41410 - CARMONA (Sevilla). Teléfono (95) 414 22 00. **Fotocomposición, Fotomecánica e Impresión:** Imprenta Rodríguez. San Pedro, 9. 41410 - CARMONA (Sevilla). Teléfono (95) 414 12 06. **Depósito Legal:** SE - 820 - 1990.

- © Librería Hachette, S. A. (Buenos Aires).
- © de **Voces abandonadas:** Editorial PRE - TEXTOS.
- © del texto preliminar: Roberto Juarroz.
- © de las ilustraciones: Carlos Montaña.

V O C E S

A N T O N I O P Ó R C H I A

V O C E S

EDICIÓN Y SELECCIÓN DE FRANCISCO JOSÉ CRUZ PÉREZ

TEXTO PRELIMINAR DE ROBERTO JUARROZ

ILUSTRACIONES DE CARLOS MONTAÑO

PALIMPSESTO

ANTONIO PORCHIA O LA PROFUNDIDAD RECUPERADA

«Lo profundo de mí es todo. Pero es todo sin yo. Es que todo lo que es profundo solamente es todo».

ANTONIO PORCHIA

Estas palabras no pretenden ser una introducción, un análisis, una crítica o un comentario, sino tan sólo una reflexión sobre la profundidad, al borde de una obra que es la profundidad. [...]

Poseía el raro arte de la atención inusitada y creciente, de una atención que parecía una presencia casi física. Quienes estábamos con él sentíamos al hablar que cada palabra se volvía profunda por su atención ilimitada. Su forma de escuchar parecía crear la profundidad en sus acompañantes. Y cuando él hablaba, teníamos la sensación de que lo hacía ya «desde el otro lado», que por otra parte se volvía entonces infinitamente próximo, mucho más que este lado. A medida que avanzaban sin darnos cuenta las horas de las frías madrugadas de Buenos Aires, sus pequeños ojos eran como dos focos cada vez más despiertos y brillantes. Quizás allí nació mi sospecha de que la eternidad podría consistir en quedarse detenido o fijado en un gran pensamiento, pensándolo para siempre, y que morir no sería más que el último esfuerzo de la atención, el abandono de los otros pensamientos, para concentrarse en uno solo, ya definitivo. Y pienso que tal vez naciera también allí aquella sensación, recogida en algunos de mis libros, de que pensar en un hombre se parece a salvarlo. [...]

Su padre había sido sacerdote y dejado luego los hábitos. El recuerdo dominante de su niñez era su trashumancia, al no poder su familia permanecer mucho tiempo en ningún lugar, ante las reacciones provocadas por aquella situación. Repetía a menudo una línea de su libro: Mi padre al irse le regaló medio siglo a mi niñez. No recuerdo que hablara mucho de su madre. Después de venir de Italia (había nacido en Calabria en 1886), fue apuntador en el puerto de Buenos Aires. Trabajó luego en una imprenta. Nunca le oí una palabra de resentimiento o frustración. Murió en 1968, en la misma ciudad donde había vivido casi toda su vida. Poco después de su muerte, escribí un poema donde le decía: Hemos vivido juntos tanto abismo / que sin tí todo parece superficie. Hoy podría agregar: Hemos vivido juntos tanto abismo / que contigo todo es profundidad. [...]

No recuerdo otro ser a la vez tan sencillo y tan pulcro. No usaba camisa casi nunca. En verano se ponía un saco pijama y en invierno se colocaba una bufanda debajo de un saco más grueso, ajustándola con un alfiler de gancho. Al rato de estar con él, ponía sobre su humilde mesa una botella de vino y un poco de queso, salame y pan. Todo eso lo iba a comprar con una pequeña bolsa al mercado. La amistad sencilla era su arte. La rodeaba de una inmensa atención y una delicada ternura, tan naturales como tomar una escoba y barrer su casa o cavar un hoyo para poner una planta en su jardín. Y tenía además el don de las pequeñas excepciones, como esa manzana que solía reservar para Laura, mi mujer. Don Antonio, como le llamábamos, era también una prueba viva de la profundidad de lo elemental, en el luminoso contrapunto de sus palabras hondas y sus gestos raramente limpios. [...]

Siempre tuvimos la sensación de estar ante alguien elegido por la soledad. Pero lo inverso era igualmente verdadero: él había elegido la soledad. Confluencia de destino, aceptación y entrega. Soledad de su vida y soledad de su obra, como base insobornable para su calidad de maestro profundo y su costoso aprendizaje de sí mismo: He sido para mí discípulo y maestro. Y he sido un buen discípulo, pero un mal maestro. Amaba y sufría su soledad: Un hombre solo es mucho para un hombre solo. Conocía sus peligros: Quien se queda mucho consigo mismo, se envilece. No la compensaba con la literatura o con la compañía fácil de otros seres, sino con su vida profunda. Su soledad le permitía llegar más plenamente a los demás, como si ya los conociera desde abajo. Y también ser la presencia a la que acudíamos casi en peregrinaje, quizá para curarnos o consolarnos de tanta exhibición de ausencias. Con él aprendimos cómo la soledad puede ser lo contrario del aislamiento y también la condición vertebral de una obra. [...]

A menudo nos repetía: Tengan paciencia, sepan esperar. Era una de sus lecciones mayores. Nunca lo vi impaciente o inquieto por los premios económicos, la incompreensión o las interesadas reticencias que trataban de silenciar el valor de su obra. No tenía apuro por llegar a nada. Sus pensamientos crecían «sin prisa y sin pausa», con todo el detenimiento de aquello que tiene la certeza de su vigencia. Es probable que sólo le haya visto algún conato de impaciencia ante la pesadez de la tontería. [...]

Durante la conversación, recordaba a menudo algunas de sus «voces». No resultaba insólito o artificial: sentíamos que las seguía viviendo. Pero cierta vez me dijo que no había tenido el valor necesario para decir una de ellas ante alguien que pasaba por un momento de angustias. Esa «voz» afirmaba: Todo juguete tiene derecho a romperse. Y al decírmelo miraba hacia abajo, como avergonzado. Pero no de su silencio, sino del hombre. [...]

Un día me contó que siendo muy niño y teniendo hambre se puso a jugar a la pelota, y al rato, luego de un salto, cayó desmayado. Deducía de aquello que el hambre no fue obstáculo para la alegría. Se puede tener hambre y ser feliz: Quien hace un paraíso de su pan, de su hambre hace un infierno. [...]

A él le debo, entre muchas otras cosas, la más bella dedicatoria que he recibido. Llevo a todas partes, de lugar en lugar, el ejemplar de sus Voces donde escribiera para mí estas palabras: Al amigo que me falta siempre cuando no está. [...]

Cuando algunos miembros de la institución artística donde había depositado casi íntegra la tirada de su primer libro se quejaron por el espacio que ocupaba, la obsequió tranquilamente a las bibliotecas populares. Cuando en una famosa revista literaria de Buenos Aires pretendieron corregir, por razones de gramática, algunos textos que le habían pedido luego de la sorprendente declaración de un escritor europeo de que cambiaría toda su obra por haber escrito esos fragmentos, no dudó en retirarlos de inmediato, sin decir absolutamente nada. Su humildad ejemplar y su admirable desprendimiento no se confundieron nunca con la debilidad. La fuerza del hombre profundo se afirma sobre una intensidad interior y sobre coordenadas que ni siquiera sospechan los frágiles apóstoles de la violencia. [...]

Sólo a él le he escuchado la singular frase con que siempre nos despedía: Tra-ten de estar bien. Era casi un pedido, algo así como una apelación infinitamente tierna y delicada: un llamado a nuestra posibilidad de ser a pesar de todo. Era como si nos recomendase: Hagan también lo posible, aunque persigan lo imposible. Y a veces agregaba una exhortación conmovedora, que sintetizaba de algún modo su mejor deseo y una recóndita nostalgia: Acompáñense. [...]

Recuerdo unas palabras que me dijera cierta tarde, mientras caminábamos por una calle de La Boca. Era aquel su barrio predilecto, uno de los más humildes de Buenos Aires, con sus pequeñas casas multicolores, su atmósfera de inmigrantes, la cercanía de esa oscura corriente de agua que es el Riachuelo, las sirenas de los barcos, los viejos bares en donde los marineros o los trabajadores del puerto se reúnen para olvidar o recordar quien sabe qué cosas, bebiendo y escuchando tangos. Él volvía de visitar en el hospital a una mujer que había querido mucho y que ahora yacía vieja, abandonada y enferma. Me repitió la frase con que había intentado alentarla. Estar en compañía no es estar con alguien, sino estar en alguien. Sentí de pronto, como muchas otras veces a su lado, que la sabiduría no había muerto del todo y que en aquella olvidada calle de Buenos Aires quedaba algo de la fuerza oculta que sostiene todavía al mundo. [...]

Había amado mucho. Su extrema discreción no le impidió, sin embargo, confiarnos en alguna ocasión el hondo sentimiento que lo había unido a una mujer de vida ligera, con quien estuvo dispuesto a casarse. Así supimos cómo ella fue amenazada por quienes la explotaban, para que cortase esa relación. Y también cómo él se apartó, no por su propia seguridad, que poco o nada le importaba, sino por la de ella. Allí tiene su origen una de sus «voces»: Hallé lo más bello de las flores en las flores caídas. La asociación del amor y las flores representa sin duda una de las claves para comprenderlo: El amor, cuando cabe en una sola flor, es infinito. Otra clave fundamental es la constante relación entre el amor y el dolor: El amor que no es todo dolor, no es todo amor. [...]

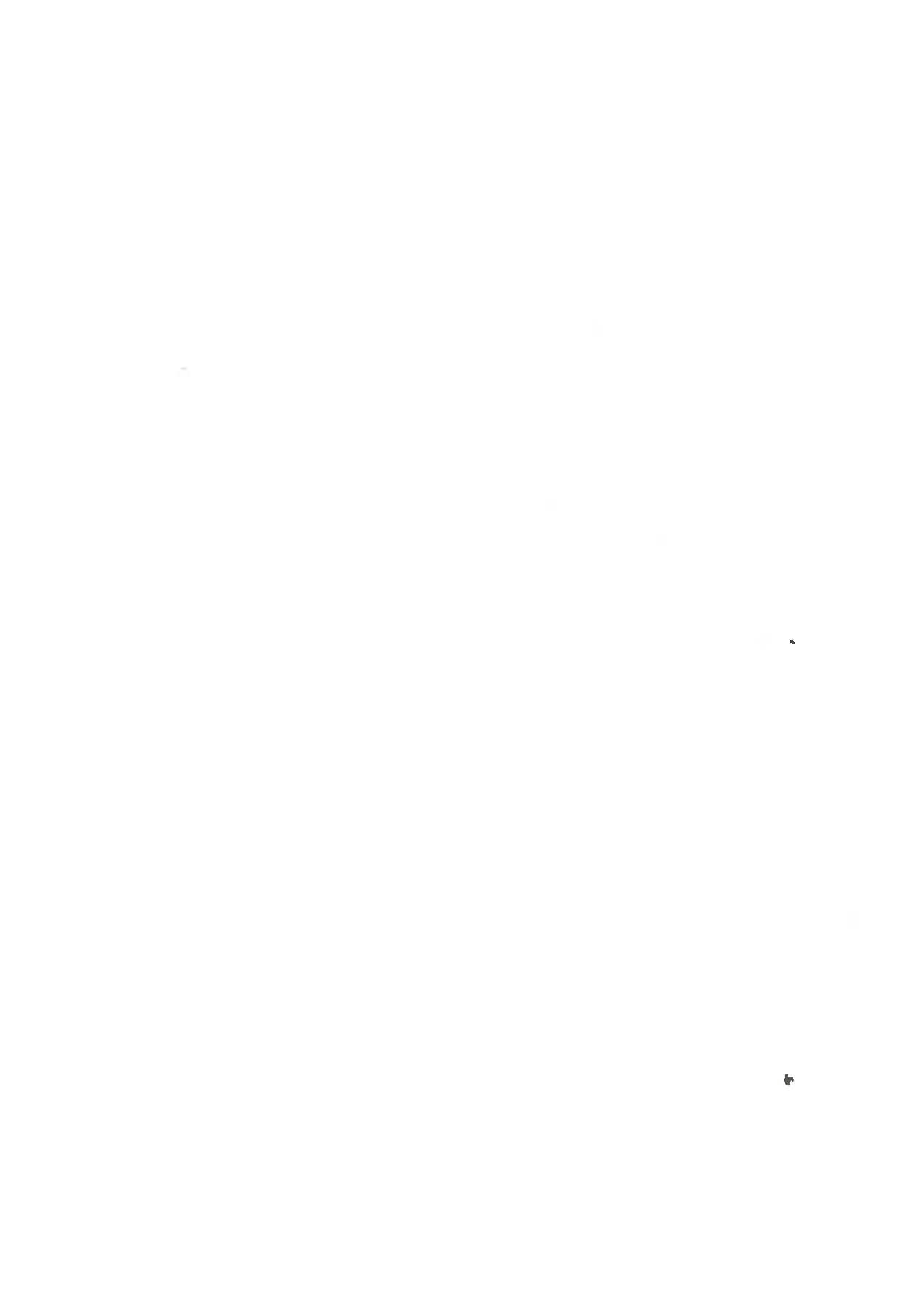
Íbamos a visitarlo en casas cada vez más pequeñas, desde que debió vender la heredad de su hermano y comprar otra mas barata y distante del centro, para poder así sobrevivir un tiempo con la diferencia. Pero siempre estaban todos los cuadros que le habían ido obsequiando sus autores, entre ellos algunos de los más cotizados de la pintura argentina de este siglo (Petorutti, Victorica, Quinquela Martín, Castagnino, Soldi, Butler, Forner, etcétera). Jamás se desprendió de ninguno, ni siquiera en momentos de extrema pobreza, cuando algunos familiares o amigos trataron de persuadirlo de que vendiera uno o dos. Decía que él vivía solo y no necesitaba casi nada. Lo cierto es que no podía vender un don. No en vano había escrito: No tienes nada y me darías un mundo. Te debo un mundo. Y recuerdo otro detalle iluminador: su cuadro favorito era un pequeño óleo de Fortunato Lacámera, que representaba el solitario ángulo de un jardín, con una breve y desnuda mata junto a un muro. El pintor más humilde y la imagen más humilde: lo casi inexistente. [...]

No pude estar a su lado cuando murió. Poco tiempo antes, había sufrido una caída, con un golpe en la cabeza del que probablemente no llegó a reponerse. El accidente ocurrió durante un fin de semana, en una quinta cercana a Buenos Aires, adonde lo llevaba una familia que lo había descubierto no hacía mucho y creía que necesitaba distracción. Tal vez olvidaron sus palabras: Cuando lo superficial me cansa, me cansa tanto, que para descansar necesito un abismo. Pero él no quería resistir ante la insistencia de algo parecido a la amistad o el afecto. Había rechazado, por humildad, las invitaciones que le hicieron para visitar Europa, pero su calidez humana lo condujo hasta el punto exacto donde debía resbalar. Quizá no haya sentido ninguna sorpresa: Cuando yo muera, no me veré morir, por primera vez. [...]

Su voz lenta y entrañablemente modulada, con cierto acento extranjero, fue registrada en disco poco antes de su muerte y utilizada durante algún tiempo por una emisora de Buenos Aires, para cerrar a medianoche su transmisión, como un broche raro y abismal. Su voz no vulneraba el silencio. No puedo hoy leer sus textos sin volver a escucharla. Y ahora tampoco lo vulnera.

¿He hablado de Porchia o he hablado de mí? Creo que la profundidad no admite estas diferencias. Simplemente he hablado porque, como a él, me ha vencido lo que he dicho.

ROBERTO JUARROZ



LIBERTAS

montaña

V O C E S

Situado en alguna nebulosa lejana hago lo que hago, para que el universal equilibrio de que soy parte no pierda el equilibrio.

*

Quien ha visto vaciarse todo, casi sabe de qué se llena todo.

*

Mi padre, al irse, regaló medio siglo a mi niñez.

*

Sin esa tonta vanidad que es el mostrarnos y que es de todos y de todo, no veríamos nada y no existiría nada.

*

El hombre no va a ninguna parte. Todo viene al hombre, como el mañana.

*

Un poco de ingenuidad nunca se aparta de mí. Y es ella la que me protege.

*

Se me abre una puerta, entro y me hallo con cien puertas cerradas.

*

Mi pobreza no es total: falto yo.

*

El mal de no creer es creer un poco.

*

Sé que no tienes nada. Por ello te pido todo. Para que tengas todo.

*

Vengo de morirme, no de haber nacido. De haber nacido me voy.

*

Si yo fuese como una roca y no como una nube, mi pensar, que es como el viento, me abandonaría.

Se vive con la esperanza de llegar a ser un recuerdo.

*

Casi no he tocado el barro y soy de barro.

*

Mucho de lo que he dejado de hacer en mí, sigue haciéndose en mí, solo.

*

El universo no constituye un orden total. Falta la adhesión del hombre.

*

Durmiendo sueño lo que despierto sueño. Y mi soñar es continuo.

*

Han dejado de engañarte, no de quererte. Y te parece que han dejado de quererte.

*

A veces estoy como en un infierno y no me lamento. No encuentro de qué lamentarme.

*

Mis ojos, por haber sido puentes, son abismos.

*

El hombre, cuando es solamente lo que parece ser el hombre, casi no es nada.

*

Sí, es entrando en todo como voy saliendo de todo.

*

Cien hombres, juntos, son la centésima parte de un hombre.

*

Y si no puedo decirte nada sin lo que yo me digo; lo que yo te digo, ¿es lo que yo te digo o es lo que yo me digo?

*

Quería estar en algo para no estar en todo.

Cuando lo superficial me cansa, me cansa tanto, que para descansar necesito un abismo.

*

Te ayudaré a venir si vienes y a no venir si no vienes.

*

Quien no llena su mundo de fantasmas, se queda solo.

*

A veces hallo tan grande a la miseria que temo necesitar de ella.

*

Porque eres lo mejor, en este mundo, crees que eres lo mejor para este mundo.
Nuestras creencias, ¡cómo nos engañan!

*

Lo lejano, lo muy lejano, lo más lejano, sólo lo hallé en mi sangre.

*

Sí, esto está mal. Pero estuvo bien. Y ahora no comprendo cómo pudo estar bien.
Y ahora no comprendo cómo puede estar mal.

*

El misterio apacigua mis ojos, no los ciega.

*

Quien dice la verdad, casi no dice nada.

*

Una cosa, hasta no ser toda, es ruido, y toda, es silencio.

*

Si yo hubiera creído que lo otro era lo mismo, mi vida no habría tenido ninguna extensión.

*

Desde hace mil años me pregunto: ¿qué haré ahora? Y aún no necesito responderme.

*

Nada no es solamente nada. Es también nuestra cárcel.

Éramos yo y el mar. Y el mar estaba solo y solo yo. Uno de los dos faltaba.

*

Entra una nueva pena y las viejas penas de la casa la reciben calladas, no muertas.

*

Sí, trataré de ser. Porque creo que es orgullo no ser.

*

Lo indomesticable del hombre, no es lo malo que hay en él: es lo bueno.

*

Cuando creo que la piedra es piedra, que la nube es nube, me hallo en un estado de inconsciencia.

*

Sí, son millones de estrellas. Y millones de estrellas son dos ojos que las miran.

*

Hablo pensando que no debiera hablar: así hablo.

*

La flor que tienes en tus manos ha nacido hoy y ya tiene tu edad.

*

A veces creo que no existe todo lo que veo. Porque todo lo que veo es todo lo que vi. Y todo lo que vi no existe.

*

Las quimeras vienen solas y se van acompañadas.

*

Hay dolores que han perdido la memoria y no recuerdan por qué son dolores.

*

El hombre, cuando no se lamenta, casi no existe.

*

Tenemos un mundo para cada uno, pero no tenemos un mundo para todos.

*

El mal, débil, me agita; fuerte, me calma.

Y seguiré navegando por mares ajenos hasta naufragar en mi mar.

*

La razón se pierde razonando.

*

Mirando las nubes he visto que mi pensamiento no tiene su cuerpo solamente
en mi cuerpo.

*

Todos los soles se esfuerzan en encender tu llama y un microbio la extingue.

*

Más llanto que llorar es ver llorar.

*

Quien se queda mucho consigo mismo, se envilece.

*

Percibimos el vacío, llenándolo.

*

En plena luz no somos ni una sombra.

*

Si has de cerrar la ventana donde asoman tus ojos, cierra antes tus ojos.

*

El árbol está solo, la nube está sola. Todo está solo cuando yo estoy solo.

*

Mueren cien años en un instante, lo mismo que un instante en un instante.

*

A veces, de noche, enciendo una luz para no ver.

*

Veía yo un hombre muerto. Y yo era pequeño, pequeño, pequeño... ¡Dios mío,
qué grande es un hombre muerto!

*

Cuando observo este mundo, no soy de este mundo; me asomo a este mundo.

Como me hice, no volvería a hacerme. Tal vez volvería a hacerme como me deshago.

*

Sólo algunos llegan a nada, porque el trayecto es largo.

*

Estoy tan poco en mí, que lo que hacen de mí, casi no me interesa.

*

El hombre, cuando sabe que es una cosa cómica, no ríe.

*

En mi silencio sólo falta mi voz.

*

La pena humana, durmiendo, no tiene forma. Si la despiertan, toma la forma de quien la despierta.

*

Mis verdades duran poco en mí: menos que las ajenas.

*

El niño muestra su juguete, el hombre lo esconde.

*

Algunas cosas se hacen tan nuestras que las olvidamos.

*

La infinita luz no alcanzó a abrir mis ojos del todo. La infinita noche, ¿alcanzará a cerrar mis ojos del todo? ¡Quién sabe!

*

Te quiero como eres, pero no me digas cómo eres.

*

Si no creyera que el sol me mira un poco, no lo miraría.

*

La montaña que he levantado me pide un grano de arena para mantenerse en pie.

*

De lo que yo esperaba, llegó mi costumbre de esperar.

Cuando yo muera, no me veré morir, por primera vez.

*

Cuando me hiciste otro, te dejé conmigo.

*

Hace mucho que no pido nada al cielo y aún no han bajado mis brazos.

*

Soy un habitante, pero ¿de dónde?

*

Puedo no mirar las flores, pero no cuando nadie las mira.

*

Si me dijeran que he muerto o que no he nacido, no dejaría de pensarlo.

*

Te asusta el vacío, ¡y abres más los ojos!

*

Cuando no se quiere lo imposible, no se quiere.

*

Algunas cosas, para mostrarme su inexistencia, se hicieron mías.

*

El no saber hacer supo hacer a Dios.

*

No tienes nada y me darías un mundo. Te debo un mundo.

*

El hombre ciego lleva una estrella sobre sus hombros.

*

Damos un nombre y luego no sabemos qué nombre darle al nombre.

*

Lo hondo, visto con hondura, es superficie.

El hombre vive midiendo, y no es medida de nada. Ni de sí mismo.

*

Sí, también me duelen las piedras; pero las piedras sólo me duelen cuando hay solamente piedras, que es cuando no debiera dolerme nada.

*

Pueden en mí, más que todos los infinitos, mis tres o cuatro costumbres inocentes.

*

En mi viaje por esa selva de números que llaman mundo, llevo un cero a modo de linterna.

*

Se descubre para ti lo que tú descubres para ti, no lo que otros descubren para ti.

*

Mis partículas de tiempo juegan con la eternidad.

*

Tanto universo, tanto universo para hacer funcionar un cerebro, un pobre cerebro.

*

Con mi encadenamiento a la tierra pago la libertad de mis ojos.

*

El temor de separación es todo lo que une.

*

Cuántos, cansados de mentir, se suicidan en cualquier verdad.

*

Mi nacer aquí, ¿dónde habrá sido morir? Y mi morir aquí, ¿dónde será nacer?

*

Si me olvidase de lo que no he sido, me olvidaría de mí.

*

Cuando me parece que escuchas mis palabras, me parecen tuyas mis palabras y escucho mis palabras.

Me es más fácil ver todas las cosas como una cosa sola, que ver una cosa como una cosa sola.

*

Cada vez que me despierto, comprendo que es fácil ser nada.

*

Iría al paraíso, pero con mi infierno; solo, no.

*

Duras en mí, cuando eres como es la duda en mí. Y tal vez el durar es duda.

*

Para que tu tristeza muda no oyese mis palabras, te hablé bajito.

*

Hallé lo más bello de las flores en las flores caídas.

*

Se va igualando todo. Y es así como se acaba todo: igualándose todo.

*

Si pienso qué es la vida, creo que la vida es un milagro, y si pienso qué es un milagro, no creo en él.

*

El sol ilumina la noche, no la convierte en luz.

*

Todo juguete tiene derecho a romperse.

*

Sobre un átomo del mundo, no sobre el mundo, gravita el mundo.

*

Todo lo que llevo atado en mí, se halla suelto, en cualquier parte.

*

He sido para mí, discípulo y maestro. Y he sido un buen discípulo, pero un mal maestro.

Y sigo matando lo malo que hay en mí, para seguir siendo un santo, un suicida
o un asesino.

*

Mis muertos siguen sufriendo el dolor de la vida en mí.

*

Después de pesarlo todo, sé que un suspiro no pesa nada.

*

Yo también tuve un verano y me quemé en su nombre.

*

Cuando haya dejado de existir, no habré existido nunca.

*

En un alma llena cabe todo y en un alma vacía no cabe nada. ¡Quién comprende!

*

Te deben la vida y una caja de fósforos y quieren pagarte una caja de fósforos,
porque no quieren deberte una caja de fósforos.

*

¿Cómo he podido volver tantas veces aquí, sin moverme de aquí?

*

Quienes nos vemos siempre, no nos vemos como somos hoy.

*

Mi soledad, a veces creo que la hace lo que no existe, no lo que me falta. Y tal
vez mi soledad no existe y yo la vivo de más.

*

Hay cosas que viven larga vida, porque viven muertas.

*

El hombre es una cosa que aprenden los niños. Una cosa de niños.

*

Como sólo me preparo para lo que debiera sucederme, no me hallo preparado
para lo que me sucede. Nunca.

Si es, como parece, una sola verdad todo, no hallarás tu verdad, tu propia verdad,
en nada.

*

Los niños que nadie lleva de la mano son los niños que saben que son niños.

*

Un corazón grande se llena con muy poco.

*

Hoy en mi memoria es un millón de nombres, de personas y de cosas, casi sin
personas y sin cosas.

*

Un hombre solo es mucho para un hombre solo.

*

A veces recuerdo que respiro y hasta no olvidarme de ello casi no respiro.

*

Si yo fuera quien se conduce a sí mismo, no iría por la senda que conduce a morir.

*

Palabras que me dijeron en otros tiempos, las oigo hoy.

*

Cuando digo lo que digo es porque me ha vencido lo que digo.

*

He bajado tanto por no bajar mis ojos que temo a mis ojos.

*

Quien conserva su cabeza de niño, conserva su cabeza.

*

La humanidad no sabe ya adonde ir, porque nadie la espera: ni Dios.

*

Mi yo ha ido alejándose de mí. Hoy es mi más lejano tú.

Centenares de miles de gentes son la ciudad. Y yo, en la ciudad, soy centenares de miles de muertos.

*

Ya no sabes qué hacer, ni cuando te vuelves un niño. Y es triste el ver a un niño que ya no sabe qué hacer.

*

Cuando no ando en las nubes, ando como perdido.

*

A veces para aislarme del mundo lo levanto en torno de mí a modo de muro.

*

Si me mira siempre una misma cosa, no es posible verla.

*

Quien abre todas las puertas, puede cerrarlas todas.

*

Ahora que mis ideas abrazan con mis ojos, mis brazos no me sirven más.

*

La pobreza ajena me basta para sentirme pobre; la mía no me basta.

*

Sí, sufro siempre, pero sólo en algunos momentos, porque sólo en algunos momentos pienso que sufro siempre.

*

Saber morir cuesta la vida.

*

El recuerdo es un poco de eternidad.

*

Se puede no deber nada devolviendo la luz al sol.

*

Me sepulto en cualquier parte y moriré... quién sabe dónde.

Mi gran día vino y se fue, no sé cómo. Porque no pasó por el alba al venir ni por el crepúsculo al irse.

*

Comencé mi comedia siendo yo su único actor y la terminé siendo yo su único espectador.

*

En el sueño eterno, la eternidad es lo mismo que un instante. Quizá yo vuelva dentro de un instante.

*

Y seguiré eliminando las palabras malas que puse en mi todo, aunque mi todo se quede sin palabras.

*

¿Por qué vuelves a la vida? Comprendo. Uno se cansa de todo. También de estar muerto.

*

Sí, te había visto, pero no te había visto así como te veo ahora, en ninguna parte. ¿Dónde estabas así como te veo ahora? Y como te había visto, ¿dónde estás?

*

Hay caídos que no se levantan para no volver a caer.

*

Sabes tanto de mí y no me comprendes. Saber no es comprender. Podríamos saberlo todo y no comprender nada.

*

Estoy en el ayer, en el hoy. ¿Y en el mañana? En el mañana estuve.

*

Casi siempre es el miedo de ser nosotros lo que nos lleva delante del espejo.

*

No perdonamos ser como somos.

*

Porque saben el nombre de lo que busco ¡creen que saben lo que busco!

Cuando tú y la verdad me hablan, no escucho a la verdad. Te escucho a ti.

*

Quien penetra en la dura roca pierde la dureza de la roca y halla la suya en la dura roca.

*

No descubras, que puede no haber nada. Y nada no se vuelve a cubrir.

*

La has llamado con los mejores nombres y aún no la quieres. Es que aún te falta llamarla con los peores nombres para quererla.

*

A veces lo que deseo y lo que no deseo se hacen tantas concesiones que llegan a parecerse.

*

Lo que dicen las palabras no dura. Duran las palabras. Porque las palabras son siempre las mismas y lo que dicen no es nunca lo mismo.

*

Fragmentos de mis días, salvados de mis noches, prolongan mis noches.

*

Por lo que vivo no es por lo que muero. Me avergonzaría morir por lo que vivo.

*

Lo que hay fuera de mí es una imitación mal hecha de lo que hay dentro de mí.

*

Sí, he hecho algunas cosas que cuando puedo no decírmelas no me las digo, para no ofenderme. Porque yo no quisiera ofender a nadie.

*

Ahora somos nadie y yo. Y ahora no me siento estar solo. Ahora podría creer que sólo nadie es alguien.

*

La fe, cuando se pierde, se pierde por donde nace.

Cuando me voy estoy lleno de lo que no se va y cuando no me voy estoy
lleno de lo que se va. Pero cuando me voy ¿qué se va? Y cuando no me voy
¿qué no se va?

*

La esperanza no es de las flores. Porque la esperanza es un mañana y las flores
no tienen un mañana.

*

La vida comienza a morir por donde más es vida.

*

Siento que me repito cuando repito al otro, no cuando me repito a mí.

*

Creer que moverse es vivir. Y se mueven, no para vivir. Se mueven para creer
que viven.

*

Mi alma tiene todas las edades, menos una: la de mi cuerpo.

*

Y si es tan veloz el cambiar de las cosas, cuando vemos las cosas no vemos las
cosas. Vemos el cambiar de las cosas.

*

La piedra que tomo en mis manos absorbe un poco de mi sangre y palpita.

*

Comprendo que la mentira es engaño y la verdad no. Pero a mí me han engañado
las dos.

*

Todas las cosas pronuncian nombres.

*

Cuando las estrellas bajan, ¡qué triste es bajar los ojos para verlas!

*

Me iré de ti, pero tú no te vayas de mí. Porque me iré de ti como me voy de
todo, sin que nada se vaya de mí.

Esos muy diminutos seres que viven un corto momento, sabemos que viven un corto momento, pero no sabemos si viven cien largos años en el corto momento que viven.

*

A veces es tan largo el morir que me siento ser inmortal.

*

Cuando uno comprende que es hijo de sus creencias, pierde sus creencias.

*

Y ese mañana que no llegaba nunca, llegó. Y era un muerto. Y sin ese muerto, yo hubiera sido un muerto.

*

El viaje: un partir de mí, un infinito de distancias infinitas y un arribar a mí.

*

Cuando no sea más nada, ¿no seré más nada? ¡Cómo quisiera no ser más nada cuando no sea más nada!



El Cete, por lo que me contaron los ojos del Panteón

VOCES ABANDONADAS

1.^a serie (1943)

Quien recoge su soledad, para quedarse solo con ella, nunca termina de recogerla.

*

Quien es capaz de dar hasta su propia vida, no ha menester suicidarse.

*

Lo feo existe porque lo bello nadie lo comprende todo.

*

De un árbol de cien años, he mirado las flores, de un día.

*

Siempre estoy en los extremos de mí mismo y, en todos ellos, hallo mi término medio.

2.^a serie (1948)

Comprendo que las personas normales son personas normales, lo que no comprendo es por qué huyo de las personas normales.

*

Me enseñaron a ganarlo todo y no a perderlo todo. Y menos mal que yo me enseñé, solo, a perderlo todo.

*

Hasta las flores para emanar su perfume han menester morir un poco.

*

No; no puede ser solamente tuya, porque es una flor, y una flor solamente puede ser de todos.

*

Yo, para llegar a ésta mi edad, a veces creo que he necesitado todos los infinitos, y a veces, creo que sólo he necesitado un poco de inocencia.

«Con ciertas características análogas —marginación de la cultura oficial; magisterio, a su pesar; identidad ético-estética—, aunque menos geniales que las de Macedonio Fernández, la línea de la poesía metafísico-simbolista argentina es continuada por Antonio Porchia, un inmigrante italiano integrado en el barrio más típico de Buenos Aires, La Boca, escritor de inquietantes aforismos que titula *Voces*. [...]

Meditación destilada hasta alcanzar el temblor del sentimiento, las *Voces* estructuran un texto poético abierto, acumulativo y espaciado, solución originalísima a los propósitos expuestos por Mallarmé, pero depurados de toda retórica de escuela o moda. [...]

Con una economía de medios voluntariamente propuesta como retórica personal, Antonio Porchia escribió un solo libro, ampliado en algunas reediciones, que desde 1943 —fecha de la primera publicación de *Voces*— ha ejercido un cada vez más extenso magisterio testimonial a la poesía argentina: ser él mismo sin detenerse.

En resumen: a diferencia de la corriente europea —movimiento literario que profundiza sus planteos sucesivamente—, la línea metafísico-simbolista argentina es una cadena más o menos secreta, formada por el aporte casual de individuos que reaccionan contra la cultura oficial. Y la coincidencia estética de sus autores no resulta de un programa, sino de una actitud ética esencialmente despojada, lúcida, ascética, con su contrapartida de desarraigo y ahistoricidad».

JOSÉ ALBERTO SANTIAGO:
«Roberto Juarroz y las otras circunstancias», en *Nueva Estafeta*, n.º 16, Madrid, Marzo de 1980.

«No escribía sobre su vida, sino desde su vida. Por eso no empleaba la extensión, sino la intensidad. [...] Más que la lectura de sus *Voces*, parece exigirnos la participación desgarrada de sus hallazgos y obligarnos a pensar y vivir de otra manera».

ALBERTO LUIS PONZO:
Antonio Porchia, el poeta del sobresalto, Buenos Aires, Epsilon Editora SRL, 1986.

«Debo decir que el pensamiento más dúctil de expresión española es, para mí, el de Antonio Porchia, argentino».

ANDRÉ BRETÓN: *Entretiens 1918 - 1952*

«Yo he encontrado en Porchia y en su poesía un alto grado de excelencia, eso que desde siempre he creído que era la sabiduría».

ROBERTO JUÁRROZ: *Poesía y creación*

3

S U P L E M E N T O



CARMONA

P R I M A V E R A D E 1 9 9 1